



La sangre de la aurora

© Claudia Salazar Jiménez, 2013

Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

ISBN: 978-631-91439-1-1

Primera edición

Buenos Aires, 2026

Imagen de cubierta: Marla Zakai

Diseño de portada: Luana Sánchez

Colección Narrativa

Editorial Mar de Fondo

mardefondoediciones@gmail.com

Claudia Salazar Jiménez

LA SANGRE DE LA AURORA



mar de fondo



LA SANGRE DE LA AURORA



Para Ana Ribeiro



*Jamás, hombres humanos,
hubo tanto dolor en el pecho, en la solapa, en la cartera,
en el vaso, en la carnicería, en la aritmética!
jamás tanto cariño doloroso
jamás tan cerca arremetió lo lejos.*

CÉSAR VALLEJO



«Cualquiera que conozca algo de historia sabe que los grandes cambios sociales son imposibles sin el fermento femenino».

Marx

o

apagón total oscuridad ¿dónde fue? en todas partes ¿de dónde vino? torres tensas altas cayeron arrodilladas bombas explotar todo arrasar volar reventar ¿estabas con el grupo? cocinando en mi casita esperando mi esposo apagón pasando a máquina las actas de la reunión apagón revelando unas fotos apagón conseguir velas no me alcanza seis páginas dos torres las afueras de la capital ¿qué dijiste? usted no puede firmar camarada oscuridad excluido de la historia someterse o reventar bomba ¿supiste lo que hicieron? uy limpio me dejaste el plato sonrisa sin velas come tres torres dicen ahora más horas más torres ¿cuándo volverá la luz? velas prende la radio no encuentro los fósforos tres velas sin fósforos saca chispas de las piedras mentira bomba tenemos un generador eléctrico ir al epicentro donde está pasando lo que no vemos bomba contar lo que está pasando al otro lado de las torres ver ¿dónde estaba cada una de ellas tres? apagón

o

Me trajeron a esta cárcel de la capital poco antes de que cayera la cúpula. Casi siempre me traen a esta sala para que me interrogué el comandante Romero. Todo es blanco. Más blanco que hospital.

Tres sillas. La mesa con la cubierta de melamina blanca. Las paredes son blancas también. Van a ser ya dos semanas desde que supe que los capturaron. ¿Qué le habrán hecho a camarada Líder? Perros de mierda, si lo tocan se van a morir todos, uno por uno van a caer.

El único sonido es el que viene del reloj. Romero no llega. Hace un poco de frío en este cuarto tan blanco. Tan distinto de ese arenal donde comencé mi labor social. Recuerdo en especial un día que el sol nos puso a prueba. Insoportable. Infernal. Así era el calor en esa larga extensión de arena poblada por una marejada humana. Llegué acompañada del ingeniero que coordinaba las obras y de Fernanda, la asistente social. Llevaba también a mi hija de cuatro años. Pensaba que hacerle compartir juegos con esos niños que poco o nada tienen, sería una buena manera de sensibilizarla.

El arenal se desplegaba inmenso como un hirviente manto amarillo. El calor me sofocaba y sentía el sudor de la manito de mi hija en la mía. Una de las encargadas del comité de viviendas me ofreció un vaso de agua para calmar la sed de mi pequeña. El agua se vendía a precio de oro en camiones que iban apenas una vez por semana. Ese vaso que mi hija acababa de terminar, significaba menos agua para uno de estos niños.

La dejé más tranquila con las otras criaturas y me reuní con los pobladores para discutir los proyectos pendientes. Necesitaban una red de agua potable, desagüe y alumbrado público que cubriera al menos diez calles. También habían solicitado al municipio una posta médica con servicios básicos y la construcción de una escuela. La educación es primordial para romper el esquema de desigualdades en que está fundada la organización social, sin ella las posibilidades de cambio ¡¡¡Mami!!! son prácticamente nulas. Mis años de experiencia como pedagoga me dan la autoridad

para afirmar ¡¡¡¡¡Mamiiiiiiiiiii!!!! que sin el adecuado nivel de ¡Señora Marcela, es su hija!

Corrí rápidamente hasta donde jugaban los niños. Vi a mi hija petrificada en medio del arenal, sus piernecitas temblaban de susto, casi sin respirar, hipando y con el rostro empapado de lágrimas. Había caído en un lugar donde la arena se mezclaba con tierra muerta y era difícil mantenerse de pie. Cuando me vio, estiró sus bracitos hacia mí y lanzó un grito potente y desesperado ¡Mamita, aquí no hay piso, cárgame!

La levanté y la apreté contra mi pecho. Ella se estrujó contra mí. Su pequeño corazón batía rápido, tan rápido como un pajarito asustado. Limpié su carita del sudor y las lágrimas. Le acaricié la cabeza y retiré la arena que se había metido entre sus cabellos. *Tranquilízate que aquí estoy contigo, nada malo te va a pasar*, le dije. Pasé mi mano por sus sienes en un movimiento que siempre la relajaba. Se tranquilizó poco a poco. Los niños se aglomeraron a nuestro alrededor, en ese arenal perdido, sin zapatos, las ropas desgastadas, los pies sobre la arena caliente, poquísima agua y sin quejarse. Para ellos realmente no había piso. No se podía perder el tiempo en tonterías cuando había tanto que hacer. *Ya deja de llorar, nosotras somos valientes.*

—Profesora, ¿cómo está?— me dice el comandante Romero entrando intempestivamente. Siempre me llama así. Le sigo la corriente para ver si me deja saber más de nuestro Líder, creo que en sus manos puede estar nuestro futuro.

—Buenos días, Comandante. Aquí estoy, lista para que hablemos, pues —Romero se acomoda en la silla frente a mí. Sonríe. Sólo me quedan dos armas: mi paciencia y mi silencio.

—Profesora, en estos días he tenido el placer de ir conociéndola y veo que es usted muy persistente, tenaz, perseverante. Una roca —Romero se acomoda en el asiento como si quisiera decir

algo en tono confidencial. Se inclina un poco sobre mí y me dice, casi susurrando—: Por eso usted tenía acceso al Comité Permanente, ¿verdad?

o

Tomar decisiones en coyuntura de guerra era la labor que les correspondía sin sombra de dudas. Nuestra correcta y única línea ideológica decidía. Camarada Líder, camarada número Dos y camarada número Tres: trinidad perfecta. Camarada Líder, es el Uno, pensamiento guía de nuestra revolución. Camarada Dos, fue ella quien me insertó en el partido. Camarada Tres, era la encargada de la organización logística. Tres. Número perfecto y sagrado. Círculo cerrado. El Comité Permanente. Clandestinidad organizadora en el epicentro.

La revolución no podía tomar más tiempo, quedarse esperando reacciones es lo que el Estado quiere. Sustituir una clase por otra, un número por otro. La idea gobierna, pero ya lo dijo Mao: «El poder nace del fusil». Nuestro brazo militar, camarada Felipe, era un potro agitado listo para el combate. Él nos dijo que en algunas comunidades campesinas reaccionaron muy mal ante la doctrina revolucionaria. Se le hacía difícil al pueblo aceptar la revolución, pero confiábamos en que entenderían y tendrían que asimilar el pensamiento guía. Hubo enfrentamientos y algunos camaradas cayeron, lo que propició que la policía se envalentonara en zonas primordiales para nuestro avance. Recuerdo que en esa reunión, camarada Felipe le enseñó a camarada Tres, uno de los FAL que habíamos conseguido.

—De aquí viene el poder, camarada, siéntelo.

Hacía tiempo que ella no cargaba uno, ahora se enfocaba en lo político, en el pensamiento, en lo que perdura cuando las armas ya han caído. No le pesaba tanto, pero su solidez se le afanzaba en

el brazo. Con un movimiento veloz, lo descargó y volvió a cargarlo. Luego, como si se incomodara súbitamente, le devolvió el fusil a camarada Felipe. El Líder se dispuso a hablar frente a los mandos convocados para inaugurar la reunión. *Camaradas, establecido debe quedar esto desde el principio: el partido manda al fusil y jamás permitiremos lo contrario. Ahora bien, la masa necesita ser educada en el crisol de la ideología marxista-leninista-maoísta. El ejército revolucionario tiene que movilizar a las masas. Acciones contundentes se requieren para dar el salto cualitativo de importancia decisiva para el partido y la revolución. Pasar de las masas campesinas desorganizadas a masas militarmente organizadas.* Camarada Líder se detuvo para observar reacciones. Ni un solo murmullo. Silencio venerable frente a sus palabras. Camarada Dos mantiene mirada en blanco. Ella siempre rígida, vertical, alineada con la pared de la que cuelga el afiche de Mao guiando a su pueblo bajo el sol rojo en perpetuo avance y transformación. Nueva aurora floreciente. Camarada Líder continuó trazando plan ideológico. Camarada Felipe se encargará esta vez de los detalles tácticos, ver cómo la acción debe ejecutarse. El lugar ya estaba decidido. El potro se siente liberado, empuña la FAL con más fuerza, las venas de sus manos casi saltan.

Objetivo: privar al enemigo de su indigna superioridad e iniciativa, empujarlo a la inferioridad y pasividad. Que las acciones hablen. O están con nosotros o en nuestra contra. Arrasar. Comenzamos a derrumbar los muros y desplegar la Aurora. Acción contundente. Esto no se lo esperan. Camarada Líder pronunció el nombre del pueblo: *Lucanamarca*.

—Lucanamarca —repitió la número Tres alzando su voz casi como un grito y el puño en alto. Camarada Dos me mira con zozobra, había perdido segundos para reaccionar, así que levantó también el puño haciendo eco de la decisión única.

—Lucanamarca.

o

cuántos fueron el número poco importa veinte vinieron treinta dicen los que escaparon contar es inútil crac filo del machete un pecho seccionado crac no más leche otro cae machete puñal daga piedra honda crac mi hija crac mi hermano crac mi esposo crac mi madre crac carne expuesta el cuello roto machete globo ocular crac fémur tibia peroné crac sin cara oreja nariz trágatela crac ahorita cómetela oreja del piso recógela no escupas no crac en línea cinco ponlos machete crac sopa de sangre salpica hace barro sus botas resbalan camarada crac gritos aullido chirrido machete huesos crac diez nomás eran suficientes sogas brazos para arriba apestas hedionda crac apestas apestan tus pies sus chuchas sebo machetazo barro el piso chap chap penes testículos que se lo coma tu madre vieja abre la boca crac por piedad machetazo no hay plata para balas crac campesinos machetazo el partido es dios crac labio diente garganta filo filo filo hachazo crac diez suficiente machetazo crac la tierra se empapa no recibe más sangre crac pachamama vomita líquido del pueblo crac se escapa con bebé crac cuatro meses crac machetazo espalda materna aullido cállate puñal ojo no sale por fin te callaste puta crac bebé en suelo crac piedra pesada cráneo blando bebé crac tres meses crac lucanamarca

o

Vas toda feliz a la yunza acompañada con Justina y Dominga. Felices las tres a la fiesta para ver qué regalo les toca. Justina quiere aprovechar para encontrarse con Vicente, el muchacho del otro pueblo que le gusta. La otra vez pudo hablar con él un ratito. La Domingacha ha sacado su mejor vestido para verse con Fabián, ya parece que se van a ir a vivir juntos dentro de poquito. Dominga te ha contado que Fabián le escribió unos poemas bien amorosos, que la llamaba *vicuñitay del zorzal* y que muy cariñoso era ade-

más. Suertuda la Dominga que se ha enganchado con el hijo del concejal pues. Suertuda es ella, tu amigacha. Te han invitado para ver si conoces un muchacho para ti.

La chicha corre como el río del pueblo, abundante, derramando risas y alegría entre los comuneros. Te has puesto el sombrerito rojo que tu taita Samuel te acaba de regalar por tus dieciséis años. Mariano te dice que estás guapa con el rojo, *linda eres, primita, dame un besito*. Te enrosca con serpentinas y después las sueltas. Cuánta chicha se habrá tomado el Mariano. Besito quiere. Está loco pues. Loco lo pone la chicha. Tu primo es fuerte y además es un buen leñador. De un hachazo corta los troncos. Seguramente que él se va a tumbar al árbol, se lo va a tumbar enterito. Tiene las cejas grandes y unos ojos que miran así como cóndor para todas partes. Ágil y fuerte como puma.

Pruebas un poquito de chicha y rápido rápido las mejillas se te ponen rojas, chaposa te quedas, Modesta. *Chaposita*, te dice un chico que recién conoces. Tú te ríes pero no le dices nada, bajas los ojos nomás y sigues mirando al Mariano que se ha puesto a bailar con la hija de los Huaroto. Este chico dice que se llama Gaitán y desde ahí no se te despega en toda la fiesta. Bailan todos rodeando el árbol que está repleto de globos coloridos, serpentinas onduladas y regalos. ¿Qué te tocará? Todos hacen una ronda y giran hacia la derecha bailando. Paran. A la izquierda. Bailan. Bailan. Se acercan al árbol y ahora se alejan. Vienen y van. De las manos la comunidad baila. Gaitán sale de la ronda y da un hachazo pero, pucha, ni marca le deja al arbolito. ¡Con más fuerza tienes que darle, pichón!, le gritan los hermanos Quechán haciéndole muecas feas. Cuando le toca al Mariano, el árbol retumba y hasta un regalo salta del tronco. ¡Tumbalo, campeón, tumbalo! Mete dos hachazos y el árbol cae. La comunidad mezclada sobre sus ramas entre la serpentina, los regalos y globos que explotan.

o

Una extraña mezcla de amor y odio ha definido siempre mi relación con las fiestas de Ana María Balducci. Es una rutina recibir la invitación. Las caras y los cuerpos son los usuales. Variaciones mínimas. Quizá alguna cara nueva se integra después de pasar los filtros que se le ocurren a Ana María, pero ella prefiere evitar novedades. Aquello era un templo pagano donde podíamos vibrar sin interrupciones. Nunca más de catorce, tampoco éramos muchas. Una fiesta entre amigas. Suena bien decirlo así. No hay complicaciones para nadie. *Melanie, darling, quiero felicitarte por tu excelente reportaje de la semana pasada.* La aspirante a congresista siempre halaga mi trabajo. Ella es la única política que participa en nuestras fiestas. Cuenta con la discreción de todas nosotras para abrirse camino y ocupar un puesto en el Congreso. Yo hago mi trabajo, investigo, capturo imágenes, trato de revelar lo que no se ha visto. Hace poco colaboré con un reportaje sobre cierto caso de corrupción en un ministerio. Queda esperar que el poder judicial haga lo que debe, aunque no espero mucho de ellos. Casi nada, a decir verdad. Voy por un vodka. Me gusta estar aquí.

Las veo a todas bailar, conversar, beber. La fiesta es una burbuja. Si dependiera de ellas, muchas se pasarían la vida en Europa o Miami. Se quedan en la ciudad de la garúa porque saben bien que la burbuja no sería tan compacta ni exclusiva en otra parte. Tal vez la burbuja sea también una cárcel. *Camila, ¿sabes que mi sobrino Ricardito va a postular a la Escuela de Oficiales de la Marina? Quiere llegar a ser almirante, como tu papi.* Sí, querida, sí. Y Camila seguramente ya tomó nota mental, no te preocupes. No hace falta que lo pidas expresamente. Mañana mismo hablará con su viejo y le comentará sobre tu sobrino. Será un gran oficial, sin duda. Qué bueno estar aquí.

Me deslizo a otro sofá. Comentan las noticias más recientes. *Fue una masacre. No perdonaron ni a los niños.* Los rostros manifiestan extrañeza salpicada con espanto. ¿Qué cosa buscan esos guerrilleros? Alguien le da una calada profunda al cigarro. Otra expulsa el humo como si fuese una locomotora furiosa. Sincronizadas al decir ¿guerrilleros? ¿Qué mal puede hacer un bebé? Las demás escuchan con atención fingida. La aspirante a congresista quiere más información. *Ana María, tú debes estar mejor enterada, cuéntanos qué está pasando en la sierra.*

Se hace un silencio y todas las miradas apuntan hacia la anfitriona. La familia Balducci posee el canal de televisión más poderoso de todo el país. Con un mohín de fastidio, Ana María cruza los brazos y nos dice:

—Comunistas, chicas. Rojísimos, muy radicales. Reclutan campesinos y planean una «guerra popular» en la sierra. Nada de qué preocuparse, seguramente en un par de semanas el Ejército se encargará de todo.

—Si reclutan campesinos, entonces ¿por qué los han masacrado? —inquire alguien.

—Tal vez algún problema de propiedades. A veces la gente de la sierra se pelea por cualquier cosa y pueden ser medio violentos para resolver sus disputas. Si quieren saber más, ya saben, vean el noticiero —responde con una sonrisa que da por concluido el tema.

Alguien ha comenzado a bailar al compás de David Bowie para evitar que Ana María se fastidie. No conviene indisponerse con ella. El ambiente ha quedado un poco tenso. Ni Bowie logra relajarlo. No más política ni favores por esta noche. A bailar un poco. Hablar. Beber. Yo preferiría estar en el Kraken. Es temprano todavía. Agito mi vodka lime con la cereza. El líquido gira. ¿Para qué masacrar a quienes supuestamente quieres reclutar? Algo ahí

no encaja. ¿Por qué Ana María se fastidió tanto? Esa relación entre los campesinos y la violencia parece un disco rayado desde tiempos coloniales. ¿Qué será lo que está pasando ahí? Sorpresivamente, Ana María se me acerca, su perfume es inconfundible.

—Estás muy pensativa esta noche, ¿te pasa algo?

—¿De verdad crees que eso de la sierra es una cuestión de campesinos violentos?

—Ya dejemos eso. Mira, te voy a contar algo que yo sé que te va a poner contenta. ¿Sabes quién está en la ciudad?

—Mucha gente, ¿no? Tú y yo, por ejemplo.

—Ay, Mel, no seas mala. Vas a ver que te lo digo y se te quita lo graciosa.

—Te escucho.

—Ahora no te digo —ella hace su papel de niña caprichosa; pero una de mis sonrisas de colección la desarma—. Ya pues, si me sonríes así, te lo digo de una vez: ha venido Daniela.

—...

—Quiere verte.

o

Cinco de la tarde en la ciudad de la garúa. El calor de este café nos protege de la humedad, de esta pecera en la que vivimos. Las voces, las copas, los cubiertos, componen una danza cafetera. ¿Por qué acepté verla? ¿Por qué justo ahora? Daniela llega por fin. Radiante, como si el sol habitara en sus movimientos y brillara sobre su piel. Por un par de segundos el murmullo de las conversaciones se detiene y en ese súbito silencio la ola de miradas confluye en nuestra mesa. Le digo que está guapísima. Sin metáforas. Ella sonríe. El murmullo del café va en aumento, como si todos se despertaran nuevamente. Las voces, las copas, las tazas y las cucharas reinician su danza. *A ver si ahora me dices por qué dejaste de hablarme.* ¿Por

qué dejé de hablarte? *Te desapareciste, como si la tierra te hubiese tragado.* Sinceramente, Dani, no lo sé. No lo recuerdo. Fue hace tanto. Hay cosas que pierden el sentido con el tiempo. No vale la pena hablar de eso. Mejor cuéntame de tu última exposición. Daniela Miller, la primera pintora peruana con una individual en París. *Fue increíble, fue un montón de gente.* Todo un éxito, según vi en los periódicos. Ana María envió a su mejor corresponsal para cubrir la inauguración y lo retransmitieron en El Noticiero. *Estuvo todo el mundo. Sólo faltaba Mitterrand.* Lo dice como si bromeara pero en el fondo lo deseaba. Sonríe. Me sigue contando. Que los artistas, que otros pintores peruanos seguramente están corroyéndose de envidia, que ahora sí los franceses aprenderían a valorar el arte peruano, que toca ir a Londres, a Nueva York, a comerse el mundo entero. Planes, proyectos. La vida.

¿Por qué dejé de hablarte? Recuerdo tu respiración, compartiendo el ritmo de mis besos; mi respiración, guiada por el roce de tus labios. Derrotada por el deseo en tus ojos. Delicados y suaves pliegues. Mis dedos que se perdían, naufragando en tu oquedad cálida. La cintura agitada, arrastrada por la marea de mis manos. Las cuerdas tensas de nuestros cuerpos diluyéndose en acordes de arpa. Serpientes ondulantes que derriten las defensas y se enroscan. Tu cuello de mármol cincelado a besos. Escultura amorosa. Los ojos que lamen el río, el mar y las cataratas. Vino rebalsando de las copas. La sed. Amante embriagada. Piel satinada de rocío. Tu voz. Tu cuerpo. Tu nombre. Daniela. Daniela Miller...

Ha salido el sol a pesar de la garúa. *Regreso mañana. Si vas a París me avisas, ¿entendido? No quiero que te me desaparezcas otra vez.*

o

—Profesora, cuénteme la relación que tenía usted con Fernanda Rivas, la que en un momento fue camarada número Dos. En tanto

tiempo de convivencia me imagino que se hicieron muy cercanas, amigas íntimas —comandante Romero prende un cigarro, yo evito mostrar el fastidio que me produce el humo. No puedo demostrar ni un guiño de debilidad.

—En la revolución tenemos camaradas, no amigos —lo corto en seco.

—Cuestión de ponerle nombres distintos a las cosas —aclara Romero, con una sonrisita que no puede disimular su satisfacción por haberme irritado. Libera una carga de humo que opaca el cuarto.

Tú no te vas a enterar de nada. Si sabes tanto como dices, comandante, ¿para qué me preguntas entonces? No tienes que saber que Fernanda y yo nos conocimos un par de meses antes del fracaso en el arenal. Recibimos malas noticias. No obtuvimos el financiamiento para los proyectos en esa comunidad. El ingeniero movía la cabeza de un lado a otro, miraba al piso sin decir una sola palabra, completamente abatido; los planos que había diseñado sin cobrarle un solo centavo a nadie, yacían en la mesa agitados por una brisa árida que entró a la sala. Uno de los planos se enroscó y cayó al suelo. Nadie lo recogió.

Me mordí el puño de pura rabia. Estaba harta de falsas promesas. *Marcela, es sólo un proyecto, si no lo financian ahora ya encontraremos otras maneras de hacerlo*, me decía Fernanda con una serenidad inaudita. Yo sólo atinaba a apretar los dientes de tanta cólera. Tantas gestiones, tantos planes, tantas promesas. El arenal seguiría siendo la misma tierra de nadie. *Las palabras de nada sirven*, le dije a Fernanda con la voz casi quebrada entre mis dientes de tanta cólera. Otro proyecto frustrado, sin financiamiento, ni ayuda del gobierno. Uno más, uno de tantos. La cuenta está ya perdida. ¿A quién le importaba? ¿A quién le importábamos? *Te equivocas. Las palabras tienen más poder del que te puedas ima-*

ginar. ¿Cómo podía creer Fernanda en el poder de las palabras? ¿Cómo era posible?

Tampoco sabrás, pequeño Romero, que nos veíamos con Fernanda casi todos los días. Trabajábamos juntas en los lugares más pobres en las afueras de la capital, organizando proyectos para comunidades. En los mítines del Sindicato de Profesores ahí estábamos, siempre juntas. Tantas veces los rochabuses nos tiraron al piso con sus látigos de agua. Pero nosotras seguíamos avanzando y resistiendo. Ni te vas a enterar, comandante, de que Fernanda era muy austera consigo misma, de poco hablar, pero su generosidad era desbordante. Era una hormiga trabajadora, infatigable en la acción social. De política y revolución, sólo de eso hablaba. Enfocada. Su mente centrada en eso. La perfecta militante. Lista para darlo todo por los otros. La vi subir a lo más alto de la acción armada, a la cumbre del pensamiento guía. Revolución encarnada.

Yo sé de lo que te hablo. Guarda tu rabia y tu odio muy bien. Consérvalos. El odio nos abrirá el camino hacia grandes cosas. Ven conmigo al auditorio de la Federación el próximo viernes y sabrás de lo que te hablo, Marcela. Verás lo que pueden hacer las palabras. Ahí comenzó todo. Las palabras son puro aire; pero sólo iré porque tú me lo pides. Tú no sabes nada, Romero, ni entenderías la dimensión heroica de la camarada Dos.

o

El auditorio de la Federación hervía de obreros, profesores y estudiantes. Al centro de la mesa, un hombre con gruesos lentes de carey que enmarcaban su rostro neutro, muy tranquilo, con un aire profesoral que hacía presagiar una tarde aburrida. Tanto por hacer y yo en una conferencia. Me acomodé al lado de Fernanda. Su rostro había cambiado; transfigurado, quizá. Nunca la vi mirar a alguien de esa manera. ¿Qué era aquello? Su cuerpo permanecía

rígido en el asiento mientras sus pupilas expectantes se llenaban de luz. ¿Qué le estaba pasando?

Cuando aquel profesor de gruesos lentes se levantó, el concierto articulado de su discurso me hizo olvidar al resto del auditorio. Las cosas que decía y el vigor con que se expresaba no correspondían a esa traza de académico. La brillante inteligencia con que tejía ideas y las conectaba a la realidad era insuperable. Un hombre que sabía de lo que hablaba. El tejido se iba articulando en una danza de conceptos: lucha de clases, hacer la revolución, comenzar en el campo, Mao, Lenin, Marx, Partido Comunista, no detenerse hasta conseguir el poder. Su voz me retumbaba en medio del cerebro. *El objetivo primordial es el poder. Ya lo dijo Lenin, camaradas: «Salvo el poder, todo es ilusión».* El poder. No parar hasta tenerlo. Ilusión era creer en proyectos financiados por otros, en sindicatos, en mítines, pura ilusión. Nada más que ilusión. El poder era lo real. ¿Era eso lo que brillaba en los ojos de Fernanda?

Los aplausos anunciaron el final y me atreví a lanzarle una pregunta:

—Los líderes de la agrupación *Nación Roja* dicen que las mujeres nos vamos a encargar de recolectar pollos —algunas risas cruzaron el auditorio—, así que quiero saber, profesor, ¿qué papel en la revolución nos ofrece a las mujeres su partido?

Él levantó una ceja, se acomodó los anteojos, me clavó la mirada, tosió para despejar su garganta y habló. *Su mayor incorporación al proceso de la producción y la misma agudización de la lucha de clases en el país plantea necesariamente el problema central de la politización de la mujer como parte integrante de la guerra popular. El Estado, cada vez más reaccionario, les niega el futuro. El único camino de la mujer profesional es asumir el rol que como intelectual la historia le demanda: participar en la revolución.* Lo vi todo, como si una fuerte luz que salía de su garganta me atravesara el

centro del pecho e irradiara todo dentro de mí para disipar cualquier oscuridad. El suyo era el único camino posible. Sus palabras podían transformar el mundo, podían escribir la Historia. La mujer plenamente incorporada a la revolución. Entendí ese brillo que tenía Fernanda en los ojos.

—Tengo que conocerlo.

—Por supuesto, Marcela. Vamos a cenar juntos los tres, ¿qué te parece? Tenemos planes que queremos compartir contigo —me anunció Fernanda en tono cómplice.

—¿Lo conoces?

—No te lo dije antes porque aún no era conveniente. Él es mi marido.

◦

Otra yunza hubo y luego varias más. Gaitán se te acercaba. Corríás tú, Modesta, escapando entre los globos, los bailarines, los que bebían chicha y las serpentinas. Otra yunza y tu primo se alejaba. Gaitán practicaba los hachazos. Algunos árboles cedían, otros se mantenían fuertes. Gaitán venía con serpentinas en las manos y te enroscaba en ellas. Te las acomodabas, eran de colores brillantes. Quieres irte de la casa de tus padres, Modesta, tu propia casita ya quieres. Meses después, la comunidad reunida baila nuevamente alrededor del árbol. Gaitán se decide a tomar otra vez el hacha. *Mira, mira, no dejes de mirar* te dice, jubilosa, tu madre. La comunidad baila en esta yunza infinita. Retumban los regalos y el árbol cae de un solo golpe. La ronda se deshace y todos corren para ganarse algo, menos tú. Te quedas sonriéndole a Gaitán.

◦

Sientes el olor fuerte de Gaitán sobre ti. Su cuello huele a venado de montaña. Su pecho a tierra seca. Ay, Gaitancito, mi Gaitán. En

la espalda le pones la mano para jalarlo más hacia ti. Más cerca. Dentro, Gaitán se mueve. Un poquito duele. Ay, dices y lo jalas otra vez hacia ti. Ay, y él se sigue moviendo. Suda su cuello, su oreja, sus hombros. Una barra como de fierro caliente ahí abajito en tu adentro. Respira fuerte Gaitán, fuerte. Ay, ahí, sigue, que se enciende y te hace abrir más las piernas, Modesta, él sigue y te acomodas bajo su peso para sentirlo más. Rico, eso, ahí. Sigue, Gaitán. Un puma vigoroso corriendo por todo el valle. Tu adentro. Rico partirte en dos. Sigue, Gaitán. Tus piernas lo atrapan. Empuja desesperado. Las puntas de tus senos se apachurran contra su pecho. Partida en dos, cuatro, mil. Tiemblas. Sudas. Un gemido fugitivo. Tu río, en el que navega Gaitán, se hace otro río más torrentoso con el suyo. Tu piel se eriza. Tiemblas en la luna de la noche y tu cuerpo se estira hasta las nieves del apu haciéndolas derretir. Modesta y Gaitán.

o

Hoy no me llamaron para que Romero me haga sus preguntas. Acostada en mi cama, miro el techo de esta celda y recuerdo cuando recién me casé. Mi esposo. Luna de miel y él entrando en mí. Así como entraba en mí, lo vi todo. Escenario completo. Ahí vendrían los hijos. Casa. Cocina. Trabajar también, pero sumarle todo lo otro. Me mueve. Se mueve en mí y empuja dentro pañales, platos, cocina, vestido, maquillaje, por los siglos de los siglos y por siempre jamás. Todo dentro. Se me venía encima como un huayco. Escena perfectamente montada, preparada para mí desde que nací. Un camino sin ninguna salida, lo mismo que les toca a casi todas por haber nacido así. Mi tiempo exprimido, arena gastada del reloj, un caballo con los ojos cubiertos. Seguir de frente y no hacer preguntas. Único camino que te dan. Lo vi todo. Sofocada. Me acomodo mejor, sobre él. Lo cabalgaba pero no había riendas.